

Aguardar es igual a esperar

Del Libro "Crecer, amar, esperar cada día", de Alessandro Pronzato

Entre nosotros y él se abre una distancia infinita. No podemos cubrirla nosotros. Solamente él puede anularla.

Dios es quien se hace cercano. Ningún paso, dado por nosotros, nos puede llevar a alcanzarlo. De nuestra parte, la única posibilidad que tenemos es la espera.

Solamente la espera reduce esa distancia abismal.

Esperar significa que no nos resignamos, que no soportamos la lejanía.

Dios se mueve hacia nosotros en la oración.

Esperar significa sospechar que Dios se ha puesto en camino. Que busca criaturas de deseo.

Esperar quiere decir, paradójicamente, ser consciente de que... somos esperados.

Precisamente así: yo soy quien espero y, al mismo tiempo, soy esperado.

En la espera, renunciamos a disponer del tiempo.

Es el tiempo quien dispone de nosotros.

Lo que tenemos a nuestra disposición es la posibilidad de esperar. El tiempo de la espera es el tiempo de la esperanza.

En castellano no existe más que una fórmula verbal para indicar espera y esperanza.

Se espera porque hay esperanza.

La espera mide la amplitud de nuestra esperanza.

En la espera se va más allá de lo que tenemos, de lo que somos. Se va más allá de la realidad tal como es. Se va más allá de la ausencia.

La espera es un puente tendido hacia lo que todavía no es, pero de lo que tenemos una necesidad angustiosa, hacia una presencia posible, de la que no podemos prescindir.

"Mi alma espera al Señor más que el centinela la aurora" (Sal. 130,6)